

## CARTA PASTORAL DE CUARESMA, 2012

### **CUARESMA: SER EL ROSTRO DE DIOS PARA EL MUNDO**

**A los sacerdotes, diáconos, religiosos y religiosas de la vida consagrada y a todos los fieles:**

*La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros.*

*(2 Cor 13:13)*

**Al entrar una vez más en este santo tiempo de Cuaresma, nos esforzamos en vivir más plenamente la ley de Cristo. En nuestro peregrinaje cuaresmal, subimos a la montaña del Señor (cf. *Mi 4:1-4*) y nos comprometemos una vez más a cumplir nuestra vocación común de ser el rostro de Dios para el mundo. Los invito a que me acompañen en ferviente oración y meditación de la enseñanza de Jesús, el nuevo Moisés, que nos saca de la esclavitud del pecado a la libertad de los hijos de Dios que “podemos merecer ser coherederos de la vida eterna” (Plegaria eucarística II).**

**[1] El sermón de la montaña es la primera enseñanza que nos da Jesús por medio de Mateo. Desde el principio de su evangelio, Mateo nos prepara para ese momento dramático de recibir la enseñanza de Jesús. En los cuatro primeros capítulos de su**

evangelio, Mateo nos trae a la memoria la figura de Moisés. Quiere que veamos cómo la vida de Moisés prefigura la vida de Jesús. Con una comparación tras otra, Mateo nos lleva a reconocer a Jesús como el maestro, el profeta y el legislador, ya no simplemente igual, sino superior a Moisés.

[2] El Faraón mató a todos los niños hebreos, pero Moisés se salvó (*Ex 1:22 – 2:10*). Herodes mató a todos los niños nacidos en el tiempo del nacimiento de Jesús, pero Jesús se salvó (*Mt 2:13-18*). Cuando la vida de Moisés estuvo en peligro, él huyó (*Ex 2:15*). Cuando Herodes amenazó la vida de Jesús, Jesús, con María y José, huyó a Egipto. Y, así como Moisés salió de Egipto hacia la tierra prometida, Jesús sale de Egipto y regresa a la tierra prometida (*Mt 2:13-21*).

[3] El bautismo de Jesús, recuerda también la gran figura de Moisés. En los hechos del Éxodo, Moisés sacó a los hebreos de la esclavitud a la libertad. Primero pasó a través de las aguas del Mar Rojo; y luego, por cuarenta años, experimentó las tentaciones en el desierto. En el nuevo Éxodo, Jesús saca a todo el pueblo de la esclavitud del pecado a la libertad de los hijos de Dios. Igualmente, él primero pasa por las aguas del Jordán; y luego, durante cuarenta días, sufre las tentaciones en el desierto (cf. *Mr 4:1-11*). Y exactamente, como en la narración del Éxodo, Moisés entregó la Torá (la ley o enseñanza), así también, en el sermón de la montaña, Jesús entrega su Torá.

[4] Jesús caminó alrededor de Galilea, predicando, enseñando y curando; y, las multitudes de Galilea y alrededores lo seguía (cf. *Mt 4:23-25*). Ahora, en el sermón de la montaña, Jesús empieza a enseñar a la multitud extensamente. “Viendo la multitud,” dice Mateo, “Jesús subió al monte, se sentó, y sus

discípulos se le acercaron. Y, tomando la palabra, les enseñaba...” (*Mt 5:1-2*). Como Moisés subió al monte para recibir la Torá, Jesús sube al monte para entregar su Torá.

[5] Antes de hablar, Jesús se sienta. En oriente, esta es la postura del maestro. Pero, este no es un maestro común. Los discípulos se acercan a Jesús. Es un gesto de respeto. Ellos se le acercan para oír sus palabras tal como uno se acercaría a un rey sentado en su trono real. El Mesías está a punto de dar su sermón inaugural. No habla simplemente a los 12, sino a los discípulos que representan a toda la Iglesia. En el sermón de la montaña, él explica cual vida es como la del reino de Dios que él está entregando.

[6] De los cinco sermones que Jesús da en el evangelio de Mateo, el sermón de la montaña no sólo es el primero, sino el más largo el más cuidadosamente organizado. Mateo estructuró la enseñanza de Jesús, basado en el conocido patrón rabínico. Cuatro siglos antes de Cristo, dicen que el sumo sacerdote Simón el Justo dijo: “El mundo se sostiene en tres cosas: en la ley, el servicio del templo y en los actos de delicado amor” (*Pirkei Avoth 1:2*). En *Mt 5:17 – 7:17*, el evangelista organiza la enseñanza de Jesús de acuerdo a este bien conocido patrón.

[7] Respecto al centro de su enseñanza de la ley, el servicio al templo y la caridad, Jesús explica a sus discípulos que la verdadera religión, el auténtico culto a Dios, significa conocer que Dios es Dios solo. Nuestros actos, ya se hagan en público o en privado, deben centrarse en Dios, no en uno mismo. Por consiguiente, la limosna, la oración y el ayuno se deben hacer no para ganar favores de otros, sino únicamente para dar gloria a Dios (cf. *Mt 6:1-18*). Estas tres prácticas que Jesús expone como

**formas de verdadero culto a Dios, son el corazón de la Cuaresma.**

**[8] Cada Cuaresma, asumimos estas prácticas con el fin de unirnos más plenamente a Jesús en sus tentaciones en el desierto. Como Moisés, que ayunó antes de comenzar su misión como legislador (cf. *Ex 34:28*), Jesús se preparó con la oración y el ayuno para su misión como Mesías. Cada año, nos preparamos a vivir intensamente nuestra misión cristiana en el mundo por medio de la observancia cuaresmal.**

**[9] Durante el Santo Tiempo de Cuaresma, de nuevo nos comprometemos con “las tres prácticas penitenciales a las que la tradición bíblica cristiana confiere un gran valor - la oración, el ayuno y la limosna – para disponernos a celebrar mejor la Pascua y, de este modo, hacer experiencia del poder de Dios que, como escucharemos en la Vigilia pascual, ‘ahuyenta los pecados, lava las culpas, devuelve la inocencia a los caídos, la alegría a los tristes, expulsa el odio, trae la concordia y doblega a los poderosos’ (Pregón pascual)” (Papa Benedicto XVI, *Mensaje de Cuaresma, 2009*).**

**[10] Por un momento, examinemos estas tres prácticas cuaresmales. Con mucha razón la Iglesia nos las recomienda en este tiempo. Cada práctica nos abre a Dios y a los demás.**

**[11] En primer lugar, la oración. Por medio de la oración, nos ponemos en la presencia de Dios. Cuando Jesús sufrió las tentaciones en el desierto, “fue llevado por el Espíritu” *Mt 4:1*). Allí nunca hubo un momento en que no estuviese en la presencia de Dios. En la Cuaresma, encontramos más tiempo para orar,**

para estar en la presencia de Dios y dejar que el Espíritu nos guíe.

[12] La Eucaristía es la más alta y grande oración que podemos compartir. La Eucaristía es la verdadera oración del mismo Cristo en la Cruz. Es la gran acción de gracias en la que se hace presente toda nuestra salvación. Una asistencia más frecuente a Misa, por consiguiente, nos ayuda más eficazmente a poner nuestra vida en las manos de Dios. La adoración ante el Santísimo Sacramento, el Rosario, el Viacrucis, *la lectio divina* (lectura orante y meditación de la Palabra de Dios): estas y otras devociones privadas, nos llevan a la presencia de Dios y a la obra del Espíritu Santo.

[13] Cuando oramos, entramos en un diálogo de palabra y silencio que nos transforma. A veces, conversamos con Dios con nuestras propias palabras, expresando nuestras esperanzas y desilusiones, las penas y alegrías. A veces, usamos oraciones que hemos aprendido de otros. Algunas veces hablamos con Dios por medio de la oración de la Iglesia o por la auténtica palabra de la Escritura. Otras veces, conversamos en el silencio del corazón.

[14] En toda clase de oración, el centro de nuestra vida se sale de sí mismo hacia Aquel que es la Verdad, Bondad y Belleza (cf. *Spe Salvi*, 33). La oración nos abre a Dios y a su presencia en los demás. A la luz de la oración, nuestra vida, como rosa en primavera, se despliega ante el calor del amor de Dios y nos hacemos más del agrado de Dios.

[15] Segundo lugar, el ayuno. Por medio del ayuno, no sólo ganamos gran control sobre los apetitos, sino que entrenamos la voluntad para que haga la voluntad de Dios con gran facilidad y

entusiasmo. Como enseña S. Pedro Crisólogo, “el ayuno es el escudo de la vida humana y gobierna todo el barco de nuestro cuerpo” (*Sermón VII: El ayuno 1*). Cuando triunfamos al decir “no” a nosotros mismos, quedamos más dispuestos a decir “sí” a Dios.

[16] El ayuno involucra todo el cuerpo, porque somos de carne y sangre. Cuando ayunamos, nos negamos el alimento y otros placeres legítimos que el cuerpo ansía, y así podemos atender más fácilmente las necesidades espirituales. El ayuno no es sólo una forma de abstinencia con la que sufrimos una privación. Es una afirmación positiva de la prioridad de las cosas que permanecen sobre las cosas que pasan. De hecho, como S. Pedro Crisólogo enseña, “El ayuno es paz del cuerpo, fortaleza de los pensamientos y vigor de las almas” (*Sermón VII: El ayuno 3*).

[17] El ayuno de Jesús en el desierto le permite en su naturaleza humana, vivir toda su vida en entrega a Dios, “haciéndose obediente hasta la muerte y una muerte de cruz” (*Flp 2:8*). En el ayuno, como Jesús, ponemos toda nuestra vida en el altar de la obediencia. Sometemos nuestra voluntad humana a la voluntad divina. No hay amor sin sacrificio.

[18] Tercer lugar, la limosna. Por la limosna o actos caritativos, demostramos quienes somos de verdad. Somos arrendatarios en una tierra que no nos pertenece. Somos encargados de una viña que pertenece al Señor. El desea que gocemos los frutos de nuestro trabajo, pero también espera que compartamos sus dones con los demás. No somos propietarios de las cosas de este mundo. Dios puso todo lo que tenemos en nuestras manos para nuestro bienestar y el bien de los demás. No quiere decir que

vivimos sólo para nosotros, sino para Dios y los demás (cf. *2 Cor* 5: 15).

[19] Los actos caritativos nos liberan del apego indebido a las cosas de este mundo. Como enseñó Jesús, “No podéis servir a Dios y al dinero” (*Lc* 16:13). El tener cuidado de las necesidades de los demás, cumple el mandamiento de amar al prójimo como a nosotros mismos.

[20] La verdadera limosna es, el repetido y desinteresado donar a otros, no de acuerdo a la abundancia de que gozamos, sino de acuerdo a las necesidades de los que sufren. Ser caritativo no es un mandato sólo para los ricos, sino también para los pobres. Como enseña el Papa S. León Grande, “Todos los que no pueden ser iguales en la cantidad de lo que dan, si pueden serlo en la buena disposición del corazón” (*Sermón 6 de Cuaresma, 1-2*). Por las obras de caridad, reinsertamos dentro de la sociedad esas condiciones que trabajan por la paz.

[21] Pero, las obras de generosidad son mucho más que una simple filantropía. Las obras de caridad nos conforman más perfectamente con la naturaleza de Dios. En la práctica de hacer el bien a los demás, imitamos al mismo Cristo que, “siendo rico, por vosotros se hizo pobre a fin de enriqueceros con su pobreza” (*2 Cor* 8:9).

[22] Por medio del amor de los demás expresado en obras de caridad, aprendemos a hacer de nuestras vidas un total regalo para Dios que se identifica con los necesitados (cf. *Mt* 25:31-46). Como bellamente dice S. Juan Crisóstomo, “Levanta y extiende tus manos, no al cielo sino a los pobres; porque si extiendes tus

**manos al pobre, llegas a la cumbre del cielo” (*Homilía 1 sobre la Segunda a Timoteo*).**

**[23] Con la oración, el ayuno y la limosna durante los cuarenta días de la Cuaresma, convertimos en acción el rito con que empezamos este Santo Tiempo. Al recibir la imposición de la ceniza, aceptamos la realidad de que somos polvo y al polvo volveremos. Reconocemos públicamente que justamente pasamos por este mundo. Pero, también sabemos que nuestra vida es algo más que un viaje que nos lleva de este mundo al otro. Entonces, al arrepentirnos y creer en la buena nueva, no solamente entramos al reino de Dios, sino que nos convertimos en instrumentos de Dios para llevar este reino al interior de este mundo.**

**[24] Por medio de la oración, se disuelve nuestro deseo de ser el centro del universo. Por medio del ayuno, se destrazan las indiferencias mundanas que nos llevan a la perdición. Por medio de las obras de caridad, se desvanecen las nubes que oscurecían la visión de los demás como nuestros hermanos y hermanas. Purificados con la penitencia de la Cuaresma, nosotros mismos empezamos a ver con mayor claridad el rostro de Dios.**

**[25] Después de cuarenta días, cuando Moisés bajó de la montaña con la Ley, Dios dio al mundo un pequeño destello de su gloria. El hizo que el rostro de Moisés resplandeciera con luz brillante. El pueblo lo vio y sintió conmoción por el reflejo de la gloria de Dios, una gloria que pronto se marchitó. Pero, cuando Jesús subió a la montaña y dio su Ley, nos entregó el camino hacia la gloria que nunca languidece.**



**[26] Verdaderamente, en la oración, el ayuno y la limosna que Jesús enseñó en el sermón de la montaña, él nos ha dado el camino para ver con mayor claridad el rostro de Dios en nuestras propias vidas. Pero, él ha dado algo más. En nosotros, él ha dado al mundo el camino para ver su presencia.**

**[27] Al vivir la enseñanza de Jesús, hemos cambiado a la vista del mundo. Entonces, aquí y ahora, “nosotros, que con el rostro descubierto reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, nos vamos transformando en esa misma imagen cada vez más gloriosos: así es como actúa el Señor, que es Espíritu” (2 Cor 3:18). Para un mundo que, a causa de su pecado, vino a ser ciego para lo que es verdadero, bueno y bello, nosotros somos el rostro de Dios que es Verdad, Bondad y Belleza.**

**Dada en el Centro pastoral de la diócesis de Paterson, el miércoles de ceniza, el 22 de febrero del 2012.**

**Arthur J. Serratelli, S.T.D., S.S.L., D.D.  
Obispo de Paterson**

**Sr. Mary Edward Spohrer, SCC  
Chanciller/Delegado de Religioso**